

## V Jornada Nacional de Bibliotecarios Escolares (2004) Programa de actividades

### Conferencia de Mempo Giardinelli

#### Una reflexión sobre la LECTURA TRANSFORMADORA

Agradezco mucho la invitación y la insistencia de Graciela Perrone, así como el honor que significa para mí hablar en esta oportunidad para referirme a la lectura como actividad transformadora, consigna preciosa que se me ha encomendado y digo preciosa porque la lectura es una de esas preocupaciones que no siempre están en el primer lugar de los intereses colectivos, y tampoco —salvo excepciones— de los individuales, pero para mí es como hablar de mi vida misma.

Como dije recientemente en el Congreso Mundial de Bibliotecas, yo asocio la lectura a mis experiencias infantiles, pues todas ellas estuvieron vinculadas por los libros que leía de niño y de muchacho. Y de adulto, por lo menos los últimos veinte años, o sea desde que volví del exilio, no he hecho otra cosa que trabajar por el fomento del libro y la lectura. Primero desde la revista “Puro Cuento”, que algunos recordarán, y luego, de regreso a mi provincia, desde la Fundación que presido y que se dedica específicamente al desarrollo de lo que llamamos una nueva Pedagogía de la Lectura.

Ahora bien, para intentar explicar cómo puede transformar a una persona la lectura habría que decir, ante todo, que lo primero es contar con paradigmas lectores. Si en una familia no hay padres o madres lectores; si en una escuela no hay docentes lectores; si los modelos sociales no son lectores... bueno, es muy difícil la transformación de nada. Yo puedo dar fe de esto, porque si hoy soy escritor y también un lector más o menos competente, lo debo ni más ni menos a que en mi casa se leía mucho. Así de simple y así de magnífico. En mi casa en el Chaco, donde las siestas son interminables, lo que más había, hace años, era lectura. Éramos de condición humilde, mi papá tenía cursado apenas el tercer grado de primaria y había trabajado como panadero, viajante, vendedor de cosas. Mi mamá, profesora de piano, era fanática de la lectura. Y también mi única hermana, doce años mayor que yo, leía todo el tiempo. El mueble más importante de la cocina-comedor era la biblioteca: un enorme librero de madera oscura, que tenía, en los estantes inferiores, todos los libros que yo podía tomar para leer, jugar, destruir o lo que se me diera la gana; y arriba, por supuesto, los libros inconvenientes que, inteligentemente, nadie me dijo jamás que eran inconvenientes.

Desde luego, son muchos los colegas que cuentan experiencias similares. En todo el mundo, cada escritor que habla sobre la lectura comienza evocando la biblioteca que lo formó. Ésa fue también mi tradición, como escritor y como docente. Todo mi trabajo se basó siempre en mis lecturas, y mi pasión fue siempre ayudar a formar buenos lectores y buenas personas. No soy otra cosa que el producto de la heterodoxia de mis lecturas y de la acumulación de ideas y experiencias que traen los años, pero años con biblioteca. Porque sin ella nada hubiese sido lo mismo. Mi oficio de escritor deriva de mi formación como lector, que en mi caso es decir mi madre y mi hermana, de las que heredé una formación libresca heterodoxa pero inculcable, que estimulaba por sobre todo la libertad y la curiosidad ilimitadas.

Puesto que como docentes enseñamos lo que aprendimos, entonces yo digo que la libertad y la curiosidad son dos pilares fundamentales que, en estos tiempos de tecnificación y modas pedagógicas, nos vendría bien recuperar. Porque, desde luego, estamos del lado de la lectura, pero hay que ver qué se lee y cómo se lee. Por eso algunos trabajamos con la idea de revisar los cánones, y de contrariarlos si hace falta. Porque determinar nuevas posibilidades lectoras para una nación que ha vivido décadas en vías de subdesarrollo educacional y necesita con urgencia recuperar el tiempo perdido, implica cuestionarlo todo: qué es leer; qué queremos que lean los argentinos de hoy y de mañana; y cómo imaginamos que será un futuro canon organizado sin la pretensión autoritaria de fijar las interpretaciones que deben hacerse de las obras.

Somos concientes de la enorme responsabilidad que significa, para el docente, ser intermediario del saber y el conocimiento. Pero por eso mismo, y teniendo en cuenta tal intermediación, proponemos no sólo la libertad del docente sino también un ejercicio de libertad absoluta por parte del estudiante lector. No para que el maestro se desentienda o alivie, sino para que cada lectura sea un disparador del imaginario y el criterio propio de los estudiantes, y desde allí y sólo desde allí (o sea: desde la lectura) se pueda establecer un nuevo diálogo enriquecedor entre docentes y alumnos.

Yo conocí ese diálogo en la escuela pública argentina. En el viejo Colegio Nacional de Resistencia, fueron docentes de Castellano y Literatura quienes me condujeron, a mí y a muchos otros, hacia la develación de la práctica de la escritura, la sumersión en los laberintos del pensamiento y la sensibilidad, y sobre todo al descubrimiento de los infinitos mundos que se abren con la lectura. Allí aprendí que la literatura siempre es memoria, ya que es la vida por escrito. Y aprendí también, estimulado en las Bibliotecas Populares de Resistencia, que el mejor camino consistía en leer al azar pero como quien respira, incesante y vital. Y aprendí que el arduo trabajo del escritor comenzaba en el enorme y maravilloso empeño, en el duro y riguroso trabajo de pulir la prosa, clarificar el sentido, consolidar la idea y, desde luego, abrillantar el estilo, pero partiendo de lo que se había leído. Ése es para mí el trabajo del escritor: escribir desde la ignorancia de lo que se escribe pero con toda la experiencia adquirida en una vida vivida intensamente y en una buena biblioteca. Escribir sobre lo que no se sabe, para conocer el qué y el cómo. No para alcanzar revelaciones sino para buscarlas. Escritura como indagación, como introducción en un laberinto que no tiene salida pero que es fascinante aunque uno se pierda en él. Y escritura para ser leído por ese ser misterioso, secreto y riguroso: el lector o lectora que da sentido a la obra y sin cuyo concurso la obra muere sin remedio.

A todo esto me lo inculcaron desde chiquito. Aún hoy, en mis evocaciones veo siempre a mi mamá y a mi hermana leyendo. Las veo esperando dos veces por semana la llegada de las revistas que colmaban el quiosco de la esquina. Los semanarios de entonces (El Hogar, Vosotras, Ve a Lea, Leoplán) siempre contenían lecturas, de clásicos y modernos. Allí se encontraban textos de André Gide o de Adolfo Pérez Zelaschi, de Ernest Hemingway, de Rodolfo Walsh o de Silvina Ocampo. La buena literatura era importante para las revistas de aquella época. Los libros, en cambio, llegaban por correo. Se encargaban a las librerías de Buenos Aires y, al llegar, eran velozmente devorados. Y mientras tanto, durante la semana, se sacaban libros en préstamo de las bibliotecas de la ciudad. Y así todos los mediodías el almuerzo se amenizaba con sus comentarios, ante el silencio respetuoso y complacido de mi padre, que sólo leía el diario local y "La Nación" de Buenos Aires que llegaba con un día de demora.

La lectura, la literatura, la conversación, la historiación y la narración constante eran la vida misma para las mujeres de aquella casa y sus amigas. Y su auxiliar permanente eran las bibliotecas. La de mi casa era una fuente inagotable de comparaciones, de metáforas, de sueños y de posibilidades. Ellas sacaban y reponían libros de la biblioteca de la sala como se sacan el tomillo y la pimienta del especiero de la cocina. Hoy creo que fue eso lo que me hizo sentir siempre tan femenina a la escritura. Los mejores momentos de mi vida los pasé escuchando narraciones de intrigas e ilusiones, amores y desamores, sueños y frustraciones en boca de mujeres, y mujeres que leían mucho y tenían la imaginación y la pasión, por lo tanto, bien entrenadas. Así me fui ensopando de la literatura que eran sus palabras, todo sentimientos siempre, todo desenfreno y locura, como si las vidas corriesen a la par de las novelas y cuentos que se leían en la casa. Así me hice lector y entré tanto en Julio Verne y Monteiro Lobato como en Kafka y el inconveniente Alberto Moravia; en los fascinantes relatos de Salgari y de Stevenson como en la densidad de Dostoievsky y Lagerkvist; en aventuras como la de Robinson Crusoe y en textos prohibidos como El amante de Lady Chatterley de D.H. Lawrence. Y por supuesto en el Martín Fierro, en una edición barata que contenía, sin embargo, el delicioso prólogo a la Vuelta de Martín Fierro en el que José Hernández se muestra, además, como lúcido teórico de la lectura y explica las razones de la oralidad, del uso de los proverbios y el refranero, del tipo de personajes, de la escena y aún "la elección del prisma", que equivale a lo que hoy llamamos punto de vista.

Consciente de lo que hacía, allí Hernández adelanta incluso una concepción de la literatura popular y una idealización del valor del libro y la lectura, que no me resisto a reproducir más allá de que el Martín Fierro es para mí una lectura todavía moralmente discutible. Cito: "Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia. Sólo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y sólo así esa lectura puede serles amena, interesante y útil". (Fin de cita).

De ahí para acá toda mi vida no ha sido otra cosa que llevar mis bibliotecas como el caracol lleva su caparazón. He sido y soy un bibliotecario aficionado. Me veo, de niño, jugando con cochecitos de madera y soldaditos de plomo entre los libros que bajaba de la biblioteca. Hacía autopistas con los libros de Conrad, de Stevenson, o el Martín Fierro, y grandes edificios o ciudadelas a conquistar con mi pequeño Larousse o enciclopedias como la enorme Sopena de dos tomos. Me pasaba las siestas sumergido en esos juegos con sus tapas, sus páginas y sus dibujos, esas fascinaciones que eran infinitas porque yo sentía que el infinito mundo de la biblioteca ya era mío. Como en los dibujos de Escher, recuerdan ustedes aquel de la escalera inagotable, esa arquitectura de la vida me era dada y yo empezaba a valorarla ya antes de saberlo.

Somos, en rigor de verdad, lo que hemos leído. Cuando iba al Colegio Nacional de Resistencia y era un adolescente como cualquier otro, bullanguero, deportista, irresponsable y más o menos desenfadado, yo tenía en mi cuarto de estudiante una pequeña biblioteca que formé a partir de los libros heredados después de la prematura muerte de mis padres y de los que iba comprando, en mesas de saldos, con mis primeros ahorros. Junto con mi Winco y algunos discos, eran todo mi capital y mi tesoro en la vida.

Cuando cursé la Facultad de Derecho mis lecturas eran, naturalmente, específicas aunque yo ya sabía que nunca iba a ser abogado. Tengo todavía algunos de aquellos libros y todos mis códigos anotados, pero me pasaba tardes y noches en la Biblioteca y muchísimas veces me desviaba del Derecho a la Literatura, como finalmente sucedió. Mi vida de lector, ya entonces, estaba definida, porque en la facultad, en la Herrera o en mi cuarto de estudiante era la biblioteca la que dominaba mi formación, a la par de los primeros juegos amorosos, y del fútbol, el rugby y los bailes de los sábados que eran, en provincia, parte de la formación humanística de todos los muchachos y chicas que entonces teníamos veinte años.

Después, en los durísimos años '70 abandoné el Derecho, me fui a Buenos Aires y me entregué por completo a la Literatura. Escribí mis primeros cuentos y una novela, y seguí siendo el bibliotecario portátil que iba a ser toda mi vida. Llevé conmigo a Buenos Aires aquella biblioteca que de tan grande que ya era nunca cabía en los pequeños departamentos que alquilaba. Libros en la cocina, en el baño, debajo de la cama, yo podía perder cualquier cosa — y de hecho perdí algún buen amor— pero no mis libros. Clasificados por géneros, por orden alfabético, fichados todos, los libros de mi biblioteca eran, y fueron siempre, tan necesarios como la cédula de identidad, íntimos como los calzoncillos, nutritivos como la leche y el pan.

En 1976, como todos sabemos, la tragedia que inició el camino de la Argentina hacia el desastre actual nos forzó, a muchos de mi generación, al horrible crimen de tener que quemar libros para sobrevivir. Los perros asesinos de la dictadura recorrían, clandestinos, las ciudades, y no sólo buscaban personas sino también ideas, y las ideas estaban en los libros. Por eso las piras de volúmenes incendiados, los fogones en las calles donde se incineraban las ideas y la libertad. Yo pasé por ese horror y esa vergüenza, cuando durante toda una ominosa noche inolvidable, y con las persianas bajas, en la cocina y en el baño de mi pequeño departamento de Juramento y Vidal, con miedo, vergüenza, dolor y rabia tuve que quemar algunos libros "comprometedores" y "peligrosos", que no se quemaban fácilmente, porque los libros saben resistirse, hagan la prueba, a los libros hay que romperlos página por página, hacerlos

pedacitos y quemarlos página a página, o hacerlos cruvica, como decimos en el Nordeste, y tirar los papelitos por el inodoro.

En México reorganicé otra biblioteca, que, sin embargo, era la misma. Durante nueve años, y soñando con el regreso, en esa biblioteca me nutrió la vasta literatura mexicana y latinoamericana, con autores y autoras de todos los países a los que aprendí a amar y valorar como para que mi formación dejara de ser tan municipal, digamos, tan cortita como siempre ha sido la literatura argentina canónica, tan porteña y con tanta pretensión de universalidad. Hoy agradezco a la vida que aquel dolor del exilio me deparó esa biblioteca que traje, nomás, cuando los argentinos recuperamos la Democracia, en un contenedor que despaché personal y amorosamente en el puerto de Veracruz una mañana de hace veinte años, en 1984.

Y aquí, de regreso, fue esa biblioteca la que me permitió parir la única revista que inventé en mi vida, la que me llevó todos los esfuerzos y un tiempo dorado, como creo que son los 35 a los 45 en la vida de un hombre. Fundé Puro Cuento a partir de mi biblioteca, a partir de recordar, releer, tomar de este o aquel estante, para crear aquella revista que hoy muchos recuerdan con cariño. De esa biblioteca salieron los más de 800 autores y más de dos mil cuentos que publicamos.

Incluso cuando la crisis nos obligó a cerrar la revista, seis años después, mi biblioteca siguió siendo el bien a conservar, el único patrimonio innegociable. He sido y soy tan fiel amante de las bibliotecas, que en mi maleta siempre llevo un ejemplar de Don Quijote y los tres o cuatro libros que estoy terminando de leer, y puedo jurar, no sin orgullo, que no hubo hotel ni cama en la que no haya tenido un altero de libros a mi lado. Donde fuere que he dormido tuve libros haciendo guardia al costado de mi cabeza.

Hoy presido una Fundación que desde hace una década se dedica al fomento y promoción del libro y la lectura, y a ella doné todo mi acervo. Hoy tenemos unos doce mil volúmenes en proceso de catalogación y allí se nutren nuestro Centro de Estudios, el Instituto de Investigaciones Juan Filloy y también nuestro Programa de Abuelas Cuenta Cuentos. Organizamos todos los años, desde 1996, un Foro Internacional por el Fomento del Libro y la Lectura que ha logrado, dentro de nuestras limitadas posibilidades, generar proyecciones de cierto relieve en materia de lectura. Son multitudinarios y enriquecedores encuentros en los que nos dedicamos a pensar, precisamente, cómo dar de leer, y por qué y para qué. Allí, todos los años, reflexionamos acerca de nuestros modos de aportar a la construcción de un país que no nos avergüence, que dignifique el conocimiento, que tenga entre sus valores el saber, la investigación y el pensamiento independiente. O sea, un país en el que todos y todas lean.

La lectura es una misión que asumimos casi religiosamente. Y es que leer y hacer leer es, de hecho, llevar la palabra impresa a quienes no la tienen o no la conocen. El fomento de la lectura es, entonces, una labor de denuncia y resistencia permanente. Leer y hacer leer es resistir a todas las crisis. Por eso es importante desarrollar una nueva Pedagogía de la Lectura como vía para la formación maciza y sostenida de lectores competentes, que a su vez sean capaces de formar a otros lectores. La multiplicación de los panes de la lectura es maravillosa porque es el alimento que forma personas más sanas, libres, entusiastas y capaces de discutir internamente con los textos porque los leyeron con placer, amor y ganas. Ésa es la gran función transformadora de la lectura, y por eso tenemos que recuperar en los profesores y docentes y bibliotecarios, como también en los padres y madres, el placer, el amor y las ganas de leer.

Sólo entonces podremos esperar de las nuevas generaciones ciudadanos competentes, responsables, capaces de cuestionar todas las ideas y de brindar a la sociedad ideas nuevas y mejores. De ahí que va siendo hora de oponernos a las modas pedagógicas que hicieron del placer de leer un trabajo pesado. Es necesario y urgente despojar a la lectura de ejercitaciones obligatorias y trabajosas que, más allá de las buenas intenciones que las alientan, en muchos casos sólo entorpecen el simple y grandioso placer de leer.

No sé si queda claro que he intentado contarles cómo a mí la lectura me formó y transformó, y me transforma día a día, porque la pasión por la lectura me fue inoculada en mi casa y en todas las escuelas y bibliotecas en las que estudié. Es por eso que yo creo —aunque puede sonar exagerado— que sólo la lectura salvará a este país. Porque no hay salvación de un país

si su gente no lee. No hay aprendizaje, no hay crecimiento, no hay desarrollo cultural, no hay mejora educativa ni de ninguna índole, si sus habitantes no leen. Por eso leer y hacer leer es el único camino —el único— para recuperar la capacidad de pensamiento y sensibilidad de un pueblo. Y es el mejor camino para fortalecer nuestra democracia y hacerla como la queremos: fuerte, satisfactoria, igualadora.

No hay otro camino. Y conviene subrayarlo para los docentes y bibliotecarios argentinos, que también deben leer más y mejor. Y es que sólo un lector competente sabe estimular la lectura. Sólo un lector competente es un proveedor de lectura sincero y calificado. No basta con decir “hay que leer”, no alcanza con crear la conciencia (que es importantísima, desde luego) y ni siquiera alcanza con saberlo teóricamente. Si no se es un buen lector de buenas obras, difícilmente los resultados serán altos y apreciables, y el riesgo que se corre es que terminemos por hacer propaganda de la lectura, que no está mal, pero —lamento tener que subrayarlo— no va a alcanzar.

Por lo tanto, no podemos pretender que los chicos lean si los padres no leen y ésta es una docencia fundamental que tenemos que seguir haciendo. Del mismo modo que tampoco podemos pretender que los educadores provean de lectura o inculquen el amor y la pasión por la lectura, si esos educadores no son competentes lectores.

Y quiero y debo decirlo: un cambio concreto consistiría en que entre todos empecemos a promover que nuestra gente vea menos televisión. No se puede recomendar lectura cuando muchos educadores y muchos padres, profesionales, amas de casa o empleados, son verdaderos fanáticos de la tele. Lo siento mucho, pero si los paradigmas argentinos siguen siendo señoras que almuerzan ante un país con 20 millones de hambrientos; jugadores de fútbol que son famosos mundialmente pero no pueden articular bien sus propios pensamientos; deportistas y chicas que solo sueñan con ser modelos pero presuntamente tienen las cabezas vacías; y tarados que por las noches y en la tele y a los gritos creen que humor es vulgaridad, no hay campaña de lectura que sea suficiente.

Cambiar el paradigma es impulsar que sociedades profesionales o sindicales, y las ONGs, propugnen el cambio legislativo mediático que este país necesita con urgencia para terminar con la tiranía de los aparatos políticos de difusión y control masivo, que es el nombre que deberíamos darles a los llamados Medios de Comunicación.

Sostengo desde hace años, desde que inauguré el primer Foro en mi tierra, que no hay peor violencia cultural que el proceso de embrutecimiento que se produce cuando no se lee. Una sociedad que no cuida a sus lectores, que no cuida sus libros y sus medios, que no guarda su memoria impresa y no alienta el desarrollo del pensamiento, es una sociedad culturalmente suicida. No sabrá jamás ejercer el control social que requiere una democracia adulta y seria. Que una persona no lea es una estupidez, un crimen que pagará el resto de su vida. Pero cuando es un país el que no lee, ese crimen lo pagará con su historia, y con su desmembración, máxime si lo poco que lee es basura, y si encima la basura es la regla en los grandes sistemas de difusión masivos.

Hay una idea de la Madre Teresa de Calcuta que nosotros en la Fundación compartimos: "El hambre no es sólo de comida. El hambre también es de amor". Bueno, para nosotros la Lectura es amor e integración, y a este alimento lo brindamos a raudales. Es nuestra manera de resistirnos a la ignorancia y el embrutecimiento que tanto daño nos ha causado. Muchísimas gracias.